

Inma Chacón

nick

Una historia de redes y mentiras



LUNA  ROJA



>/ capítulo_1

Artemisa era la diosa griega de la caza. Nació unos minutos antes que Apolo. Los antiguos griegos la adoraban como a una diosa lunar, errante como la Luna y merodeadora de los valles y las montañas donde le esperaban sus presas.

Como contrapunto, a su hermano Apolo se le tenía por un dios solar, aquel que atravesaba los cielos en un carro deslumbrante, el que no encontraba el equilibrio más que en las cumbres. Por este motivo, se convirtió en símbolo de superación, de la capacidad de subir hacia lo más alto.

Y así fue como un día, al salir del colegio, vio Dafne a Roberto por primera vez, como un dios que aparecía ante sus ojos con el carisma de lo inalcanzable.

Todavía no conocía su nombre.

Todas las tardes, después de clase, algunos chicos y chicas, que estudiaban en los colegios e institutos cercanos al suyo, quedaban en un lugar que todos conocían como «el Chino». También

llamaban así a un establecimiento regentado por un oriental que se encontraba en la esquina en la que se reunían. Nadie sabía si el dueño de aquella tienda era chino, coreano, vietnamita o japonés, pero el hecho es que, en toda la zona, acabó por conocerse aquella esquina por el gentilicio del gigante asiático. Ir al Chino significaba ir a encontrarse con los amigos.

La tarde en que conocieron a Roberto, Dafne y su prima Paula se acercaron al Chino, como de costumbre, y se unieron a sus compañeros de curso, que en ese momento se dedicaban a pasarse canciones de unos teléfonos móviles a otros. La mayoría no había cumplido los trece años. Roberto formaba parte de un grupo de chicos mayores, de entre dieciséis y diecisiete, procedentes de un instituto próximo.

A pesar de que Dafne conocía de vista a todos los chicos y chicas que se reunían en el Chino, a Roberto no le había visto nunca.

Aquel día, Dafne charlaba con sus amigos sin mostrar interés por los mayores, quienes, por otro lado, tampoco les hacían caso a ellos, como era habitual. Los dos grupos solían ignorarse, salvo cuando los mayores necesitaban demostrarles a los pequeños que la diferencia de edad era una barrera infranqueable, un muro que les separaba, hasta el punto de que nadie diría que sólo se llevaban dos o tres años.

—¡Estos son unos pipas! —solían decir los mayores cuando se referían a los chicos del grupo de Dafne y a los de un grupo de edades intermedias que también se reunían en la zona.

Aquella tarde, cuando llevaba allí unos minutos, Dafne se acercó a la tienda para comprarse un bollo para merendar.

En el momento en que ella se disponía a entrar en el Chi-

no, Roberto abría la puerta desde dentro para salir. Llevaba un donuts de chocolate en la mano y vestía una sudadera azul con el número siete estampado en la espalda y en la manga.

Apenas la miró mientras la dejaba pasar por debajo del brazo con el que sujetaba la puerta. Probablemente, él ni siquiera la reconocería si volviera a verla, pero a ella le pareció descubrir en sus labios una media sonrisa, un gesto que le infundía ese aire despreocupado de los chicos que se saben interesantes.

Cuando Dafne cruzó el umbral del establecimiento, él soltó la puerta, se dirigió hacia el banco en el que sus amigos le esperaban sentados sobre el respaldo, y se enfrascó con ellos en una discusión sobre las últimas goleadas de su equipo.

Ella trató de aparentar que no le había impresionado el encuentro. Miró algunos artículos de la tienda como si no se hubiera puesto nerviosa, se compró, como él, un donuts de chocolate, pese a que no le gustaban, y salió de allí tratando de que nadie se diera cuenta de que su corazón corría como si se hubiera vuelto loco.

No se habían dirigido la palabra, y él no volvió a mirarla en toda la tarde, pero desde ese día se coló en su pensamiento como un ciclón capaz de arrasar todo lo que, hasta ese instante, había en su mente.

Ya nada tuvo importancia para ella más que aquel chico que la había dejado pasar por debajo del brazo, como su madre hacía con su hermana pequeña cuando salían o entraban de alguna tienda del centro.

Antes de irse, escuchó a sus amigos hablando de él como de «el Rata». Y con el Rata se quedó también para ella, mien-

tras soñaba con volver a verlo todas las noches, todos los días y todas las tardes que le esperó en el Chino desde entonces.



Dafne no durmió aquella noche, ni la siguiente, ni la otra. Sus párpados se negaban a cerrarse mientras recordaba el momento en que pasaba bajo el arco que él había dibujado para ella con su brazo.

Olía a pelea. A chulito con el que nadie es capaz de enfrentarse. A malo. A suspensos. A chicas rendidas a sus pies. A guapo. A dulce. A tardes de fútbol. Y, más que a ninguna otra cosa, olía a chico mayor, a un chaval de dieciséis años que nunca se fijaría en una pipa que todavía no había cumplido los trece.

Ella tampoco habría querido fijarse en él. En realidad, no le gustaba. Gesticulaba mucho al hablar, e imponía su presencia a los demás con una actitud agresiva con la que ella no hubiese congeniado nunca.

No. No le gustaba.

Pero no podía dormir.



>/ capítulo_2

ADafne le hubiera encantado llamarse así, ¡Dafne!, como la ninfa que enamoró al dios Apolo y se convirtió en un laurel después de haberle rechazado.

Pero, en realidad, Dafne sólo es un nick detrás del que resulta fácil ocultarse. Y ella ni siquiera conoce la historia de la ninfa de la que ha tomado prestado su nombre. A Dafne también le habría gustado tener los ojos azules, la melena larga y la estatura de la modelo por la que se hace pasar en el facebook. Pero sus ojos son negros y rasgados, como los de una de sus tres hermanas, la mayor, y su pelo encrespado sólo le llega a la altura de los hombros, a pesar de que, cuando se lo moja, consigue estirarlo tanto que casi le roza la cintura.

Podría haber heredado los ojos de su padre, verdes, como los de su hermana pequeña. Pero, para su desgracia, aunque ella pretende corregirse, sólo ha heredado de él su tendencia a inclinar la cabeza al andar y la inevitable chepa en que se convierte su espalda en cuanto se descuida un momento.

Desde que tiene recuerdos, la persigue una orden que nunca consigue cumplir, por más que se esfuerce:

—¡Ponte derecha!

Su madre, sus hermanas mayores, sus abuelos, los tutores del colegio y cualquiera que la vea caminar, todo el mundo le dice que se enderece. Pero por mucho empeño que ella le ponga, y es verdad que lo pone, sus hombros tienden a caerse hacia delante sin que pueda remediarlo y, antes de que llegue a darse cuenta, inevitablemente aparece la chepa que le amarga la existencia.

Pero Dafne es así, y así hay que quererla.

Nada más diferente a la imagen de la ninfa que aparece en los libros sobre mitología. La que rechazaba cualquier tipo de amor masculino y se negaba a casarse. Tan alta, tan hermosa, tan segura, tan proporcionada, ¡tan recta!

Según le han contado, su padre también sobrellevó desde niño la misma letanía del ponte derecho, y la rabia de que le llamasen cheposo. Pero, en su caso, se debía a un doble motivo. El primero, porque lo era y, el segundo, porque así apodan a los habitantes de la ciudad donde nació, porque dicen que caminan encorvados a causa del viento, que sopla helado desde el norte con frecuencia.

En ocasiones, su madre también llama cheposa a Dafne, y la compara con su padre para que se corrija. Pero ella siempre responde que a mucha honra, y se encorva aún más, simulando que se cierra el abrigo para protegerse del frío.

Ojalá todos los cheposos lo fuesen como su padre, por haber nacido en una de las ciudades más acogedoras del mundo. Por mucho frío y por mucho viento que hiciera.



Cuando Apolo venció a la serpiente Pitón, presumió de tal manera delante de los otros dioses que Eros decidió darle una lección y le disparó una de sus flechas de oro, aquellas que infundían amor.

Al mismo tiempo, lanzaba una de plomo sobre Dafne para provocarle desdén y desprecio hacia Apolo, hermano de Artemisa, diosa de la caza a la que Dafne estaba consagrada desde su nacimiento.

Dafne aún no lo sabe, pero algún día querrá parecerse a la ninfa que rechazó al dios de la música, porque éste acabará coronándose con las hojas del árbol que simbolizará para siempre la victoria.

Ella no conoce aún el significado de su nombre, ni que la ninfa era una gran cazadora, capaz de atraer a sus presas con sencillas artimañas para que cayeran en sus trampas, tal y como ella es capaz de atraer a las suyas en internet.



>/ capítulo_3

Aunque es consciente de que se está destrozando las manos, Dafne se mordisquea los padrastrós hasta límites increíbles. No sólo se muerde los que se forman de vez en cuando en la primera falange, también se muerde la piel de las yemas de los dedos y del contorno de las uñas. Hace tiempo que le sangran las heridas que ella misma se causa con esta costumbre, pero no consigue librarse de ella a pesar de que en esto tampoco deja de escuchar una y otra vez las voces de todos.

—¡Niña! ¡No te muerdas los dedos!

Pero Dafne no encuentra otro modo de calmarse cuando se pone nerviosa. Y hace días que los nervios la alteran de tal forma que ni siquiera la dejan dormir.

Su vida se ha convertido en un caos desde que conoció a Roberto, y ella, en un manójo de nervios. Por esta razón, cada vez que su madre le da un golpe en la mano para que deje de morderse, la respuesta del «déjame en paz» se adelanta a

cualquier otra cosa que hubiera querido decirle. No lo puede evitar.

—¡No me ralles! ¿No te das cuenta de que si me lo dices me los muerdo más?

Ella adora a su madre, pero últimamente parece distinta. Más pesada, más impaciente, más exigente, menos comprensiva. Nunca la entiende.

Y le grita. Siempre le grita.

Le grita los fines de semana cuando la encuentra en pijama a la una de la tarde, delante de las teclas del ordenador, recién levantada porque se acuesta a las tantas hablando con sus amigos por internet. Su madre no entiende que no puede levantarse a las diez como a ella le gustaría, y que no le merece la pena vestirse a la una, porque tendría que volver a cambiarse al cabo de un rato para arreglarse para salir por la tarde.

Le grita los días de diario cuando la llama para comer y ella no acude porque no se ha enterado, porque tiene la música alta y no la ha oído la primera vez que la ha llamado, ni la segunda, ni la tercera... Pero es que la música no se puede escuchar de otra forma, no suena igual. Y ella no acaba de comprenderlo.

Le grita por las noches, cuando le dice que se vaya a dormir a las dos de la madrugada y ella no puede, porque tiene que salirse del chat poco a poco. No vale con decir adiós, aunque su madre se empeñe en que sólo basta un segundo para decirlo. En internet no funciona así, hay que despedirse despacio, avisando y volviendo a avisar, para que el otro no sienta que le dejas con una frase en el aire. Pero eso ella tampoco lo entiende.

Le grita por las mañanas, cuando no se levanta para ir al colegio después de haberla llamado tres veces.

Le grita a mediodía, cuando extiende la comida que no le gusta por los bordes del plato...

Siempre le grita.

Y lo malo no es que su madre no la entienda, a eso ya se está acostumbrando, lo peor de todo es que no la entiende nadie. Nadie.

Excepto con su prima Paula, que conoce el secreto que está convirtiendo su vida en un tormento desde hace unos meses, no consigue conectar con ningún otro ser sobre la Tierra. Ni con sus hermanas mayores, ni con la pequeña, ni con su madre, ni con sus abuelos. Por no conectar, ni siquiera con su perrito es capaz de compartir un solo sentimiento.

El pobre de Trufi padece su mal humor tratando de pasar desapercibido en los momentos en los que intuye que no habrá lugar para él en el cuarto de Dafne. A veces, incluso se esconde.

Cuando siente los pasos de Dafne en las escaleras, como si sus pies fueran taladros que agujerean cada peldaño que sube, Trufi se enrosca sobre sí mismo debajo de la mesa de la cocina, y no sale de allí hasta que se asegura de que el vendaval ha amainado.

Y es que nadie se puede quedar impassible cuando ella se acerca. Sus zancadas retumban en el edificio como si en lugar de pisar, apisonara; como si no subiera, sino trepara; como si arrasara en vez de llegar. Como si todos los habitantes de la casa tuvieran que echarse a temblar porque ella vuelve del colegio.

¡Y tiemblan! ¡Claro que tiemblan!

Trufi lo nota. Él es el primero que se mete debajo de la mesa cuando oye sus pasos. Pero, como él, se esconderían todos los miembros de la familia si pudiesen. Lo que pasa es que ellos no pueden. Ellos sólo pueden disimular fingiendo que no se han enterado de que la tormenta ha vuelto.

Lucía, su hermana pequeña, se refugia en su habitación y juega con la consola, como si a ella no le importasen los altercados que Dafne provoca con su mal humor.

Sus hermanas mayores procuran ignorarla. Siempre lo han hecho, y ahora más que nunca, porque ella también las ignora. Y en ese pasar mutuamente las unas de la otra, y las otras de la una, se ha convertido la relación con las personas que antes más admiraba, y a las que siempre quiso parecerse, en la indiferencia más absoluta.

Incluso su madre trata de aparentar que no le afectan sus continuos desplantes. Todas las tardes, tal y como hace con sus otras hijas, le prepara a Dafne el bocadillo y el zumo que a ella más le gusta y los deja sobre la encimera de la cocina. Como si no quisiera que Dafne supiera que acaba de hacerlos, porque si le dijese ahí tienes la merienda, sistemáticamente ella le respondería que no le apetece.

—¡Déjame en paz con la maldita merienda! ¡No tengo ganas! ¡Ya he merendado!